

JESÚS ANTE PILATO (15, 1-20a)

EL INTERROGATORIO. [1]Pronto, al amanecer, prepararon una reunión los sumos sacerdotes con los ancianos, los escribas y todo el Sanedrín y, después de haber atado a Jesús, le llevaron y le entregaron a Pilato. [2]Pilato le preguntaba: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» El le respondió: «Sí, tú lo dices.» [3]Los sumos sacerdotes le acusaban de muchas cosas. [4]Pilato volvió a preguntarle: «¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan.» [5]Pero Jesús no respondió ya nada, de suerte que Pilato estaba sorprendido.

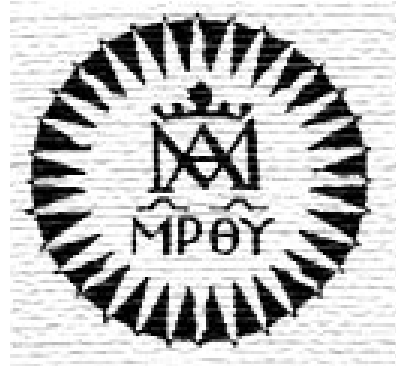
PILATO, LA MUCHEDUMBRE Y BARRABÁS. [6]Cada Fiesta les concedía la libertad de un preso, el que pidieran. [7]Había uno, llamado Barrabás, que estaba encarcelado con aquellos sediciosos que en el motín habían cometido un asesinato. [8]Subió la gente y se puso a pedir lo que les solía conceder. [9]Pilato les contestó: «¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?» [10](Pues se daba cuenta de que los sumos sacerdotes le habían entregado por envidia.) [11]Pero los sumos sacerdotes incitaron a la gente a que dijeran que les soltase más bien a Barrabás. [12]Pero Pilato les decía otra vez: «Y ¿qué voy a hacer con el que llamáis el Rey de los judíos?» [13]La gente volvió a gritar: «¡Crucifícale!» [14]Pilato les decía: «Pero ¿qué mal ha hecho?» Pero ellos gritaron con más fuerza: «Crucifícale!» [15]Pilato, entonces, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuera crucificado.

BURLAS DE LOS ROMANOS. [16]Los soldados le llevaron dentro del palacio, es decir, al pretorio y llaman a toda la cohorte. [17]Le visten de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñen. [18]Y se pusieron a saludarle: «¡Salve, Rey de los judíos!» [19]Y le golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y, doblando las rodillas, se postraban ante él. [20]Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron la púrpura, le pusieron sus ropas.

1. Se cambian las tornas y Jesús se ve delante de quien, en principio, entiende menos que los judíos del Sanedrín. Cambia también el día, Jesús sin descansar y los judíos afanados en terminar cuanto antes. Le atan, le arrastran y entregan. De religiosa (en relación con el Templo, con Dios) pasamos a lo político. ¿Será Rey de los Judíos?

Los romanos no habían sido partícipes de la historia que Dios había hecho con el Pueblo Elegido que ahora le rechazaba y no le reconocía. Los romanos eran paganos. Signo de esto es que la pregunta a Jesús varía: Aquellos preguntaban si era Hijo del Bendito, pero a Pilato le interesa saber si es realmente Rey. Sin tener parte, les toca el juicio último. La prudencia de Pilato, vuelve a entregar a Jesús, esta vez a la masa.

2. Sorprende la posición de Jesús. En el interrogatorio de Pilato la pregunta no se hace esperar. Los judíos ya le habían dicho por qué le llevaban ante él y qué esperaban. Seguramente también dieron su visión de los hechos, sin que Jesús pudiese realmente expresarse. Cuando Pilato se vuelve, a solas, para hablar con Jesús todo ha cambiado. Ya no es una cuestión religiosa, sino que han intentado meter miedo a los romanos: “Este dice ser el Rey de los Judíos”. Pero por si esto no fuese del todo suficiente, aún le acusan de más cosas. “Mira de cuántas cosas te acusan”, dice, “mira lo que dicen de ti.” Todo lo que puedan decir, en contra claro, para agrandar la cuestión es poco. El pueblo entero sabe que el Sanedrín y los romanos no se tratan con alegría, y es una humillación para los dirigentes religiosos no poder “solventar” las cosas por sí mismos. ¿Quiénes son esclavos? Jesús, para su misión no había necesitado de los romanos. Pero esta asamblea de ancianos sabios se somete tranquilamente con tal de alcanzar su cometido. ¿Someterse?



Todo lo contrario que Jesús. Su actitud va más allá de lo esperable. Presa, víctima, atado, interrogado, juzgado... pero con una dignidad inexplicable e inolvidable. Pilato quedó asombrado, y nos recuerda que Jesús cuando hablaba despertaba “una autoridad que no se conocía hasta entonces.” ¿Quizá conoció Pilato la sinceridad y autenticidad de Jesús, de la que era testimonio su vida, a diferencia de la mentira y la murmuración del Sanedrín?

Jesús no es Rey porque lo digan otros. Los reyes de este mundo, las fuerzas de este mundo necesitan ser sostenidas con el aplauso de la gente o con las armas y la violencia. Los emperadores romanos y los gobernadores lo sabían bien. El imperio del que eran dueños se había forjado a través de las legiones, de pactos y repartos.

Seguramente Pilato también ha vivido en sus propias carnes lo que es “que los demás hablen.” No se escuchaban halagos de los judíos normalmente. Más bien todo lo contrario: eran increpados, odiados, combatidos. Sabe bien qué es tener oposición. Ahora bien, lo afronta de forma diferente.

3. Hay una gran diferencia en el argot latino: entre “autoridad” e “imperio”. El imperio es un poder que se da, no reside en uno mismo. Y al tiempo que se da se puede quitar. Por eso hay que andar con cuidado, y hacer las cosas del mejor modo posible, sin irritar a quienes pueden quitarlo. La autoridad es algo propio. Jesús sitúa su realeza no en las palabras de Pilato, sino en sí mismo. Se comporta, como siempre lo ha hecho. Los Padres de la Iglesia entienden por eso que el Reino es algo muy diferente de Jesús, sino que Jesús mismo es el Reino. Todas las parábolas (asociarse a, permanecer en, pertenecer a, germinar...) nos hablan de Jesús. Estar con Jesús es, en definitiva estar en el Reino.

Jesús es el Rey y el Reino a la vez. Su libertad es mayor que la de Pilato, atado a la decisión de los demás y del Sanedrín, y mayor que la del Sanedrín mismo, incapaz de salir de sus opiniones y buscar la verdad de Aquel que estaban esperando. Tanto unos como otros, a ojos de los cristianos de las primeras comunidades eran idólatras: adoraban los poderes de este mundo y rendían culto a un dios falso, todo “hecho con manos humanas”, “hecho a su medida y en función de sus prioridades”. Nada puede alejarse de sus seguridades: no pueden ver que Dios no está en sus caminos (prefieren aferrarse a sus lecturas, a sus certezas, a su visión, sin dejar espacio a que Dios haga lo que quiera) y no pueden tampoco vislumbrar una fuerza y autoridad mayor (cuando Jesús presenta su “realeza” de otro modo, Pilato está imposibilitado interiormente para algo más que “se sorprendió”).

4. En medio de la Pasión, a la vista de todos estaba como preso y esclavo. Cuando le miraban, seguramente pensaban que se podía disponer de su vida. ¿Si lleva cadenas, todos se burlan y le balancean? ¿Si parece... entonces es?

Leído el Evangelio por encima, y en el fragor del momento seguro que igualmente, la sensación es esa. Leído el Evangelio con tranquilidad, pausadamente, y “dejando que Jesús hable” llama la atención la Paz con la que afronta una tras otra de las cuestiones que le plantean. Cuando aparece su Palabra por medio toda la situación cambia. En el momento en que habla, los personajes tienen que recolocarse y situarse rápidamente. Detrás de los acontecimientos quien domina (dominar, de “Señor”) es Jesús. Dentro del relato de la Pasión, el inicio no está en Judas. Jesús no está obedeciendo ni a Judas, ni a Caifás o Anás, ni a Pilato o Herodes. Todo lo que acontece Jesús lo lee con los ojos del Abba. Esto no lo comprenderán ninguno de los presentes, y tal vez nosotros hoy tampoco “comprendamos siquiera”. No comprenden los dirigentes, ni los siervos que encuentra Pedro, ni siquiera Pedro o los discípulos.

El Evangelio no nos deja un relato tétrico y cruento, sino la vida de fe del Hijo. Jesús es capaz de “entrar” en el sufrimiento de la humanidad, allí donde los discípulos huyen, donde el miedo se hace fuerte, donde la mentira no deja espacio a la verdad. Esto es llegar al extremo, y seguir amando.



5. En manos de otros. Todavía tienen que hablar muchos más sobre Jesús. No era suficiente. Incluso hoy se sigue hablando de El de diferentes modos: unos para adorarlo, otros para acusarlo y juzgarlo de nuevo.

Jesús en manos de la multitud, Jesús que se entrega a todos. A la vista de la mayoría de ellos habría hablado. Seguramente los días previos le habían visto en el Templo predicando. Seguramente algunos incluso se detuvieron a escucharle.

Esta va a ser la prueba definitiva para Pilato, pero “se lava las manos”. Pilato al final es capaz de ver “la envidia” como causante. La discordia, en este griego provoca el enfrentamiento y el deseo de muerte. La discordia usa la comparación odiosa, en castellano, como herramienta para ocultar las verdaderas razones: la pobreza personal, la fragilidad. Por envidia, y volvemos a los orígenes porque la historia parece repetirse muchas veces, Adán y Eva comieron el fruto de un árbol de los muchos posibles, y por envidia también Caín no soportó a Abel. Por envidia la historia de los hermanos se ve continuamente truncada: José, por ejemplo.

La masa, ya aquí, no es más que masa. Se deja llevar, no tiene juicio por sí misma y lo pretende siquiera. Es hostigada y vocea lo que “se oye”. La muchedumbre no piensa por sí misma, repite lo que detrás se dice. No entiende lo que sucede. No atiende a preguntas, ni es capaz de preguntarse realmente por “el mal”. ¿Qué mal ha hecho? Pero seguían con una única palabra: sentencia de muerte, como a un malhechor. Sin duda que la multitud había visto a Jesús en otras ocasiones, pero tampoco recuerda. Este no es, sin más, un caso de “*mass media*” como lo que hoy vivimos. Se podría establecer una relación, sin duda. Sin embargo el Evangelista es más sutil aún: no hay distinción en ellos, les da igual; no tiene voluntad propia, siendo la voluntad para un judío “el corazón” (¿Queréis que...?) Pregunta a la que no responden. Sólo una orden: “Cruz”) donde la promesa sitúa la verdadera ley; y es incitada.

Esto último, la “incitación” es relevante. En griego esta palabra es “anaseio”: soliviantar o agitar en alto. Lucas y Marcos usan este verbo. Mientras Mateo prefiere “persuadir”. El verbo de Marcos nos pone curiosamente a “temblar”, a “agitar” interiormente hasta que salta. Lo que hay de fondo es miedo que se grita, nada más. ¿No es esto la fuerza del pecado? ¿No nos habla de un “acusador”? El Espíritu mueve corazones. Pero hay una inmensa diferencia con respecto a la agitación y al grito (histórico) de este instante.